

contrarse ya prisioneros, en la plazuela de la Cruz y hablando con el Sr. general Velez, vieron á corta distancia á Miguel López montado en un caballo colorado de gran alzada, ensillado con la montura que usaba siempre. Agregan que estaba armado y que ninguna tropa lo custodiaba, y afirman igualmente que al ser conducidos rumbo á la plaza principal, encontraron á Yablouski á la cabeza de diez ó doce soldados de su fuerza por la calle del Biombo.

Habla el teniente coronel D. Agustin Pradillo, oficial de órdenes del Emperador, y al que López cita repetidas veces, apelando á su proverbial veracidad. La primera noticia que el Emperador tuvo de lo que ocurría la madrugada del 15 de Mayo, fué comunicada por su escribiente D. José L. Blasio, y momentos despues por mí, que lo hice tan pronto como me hube satisfecho de que el enemigo habia ocupado el edificio de la Cruz y tomado las ocho ó diez piezas de artillería que se encontraban en la plazuela. Convencido el Emperador por mis noticias de que toda resistencia en la Cruz era imposible, pues le advertí que hasta la altura estaba ya ocupada por el enemigo, se decidió á salir á todo trance con objeto de dirigirse al cerro de las Campanas. El Emperador me dió una de sus pistolas, empuñando él la otra, y acompañado por mí y el coronel Salm, salió de su habitacion, á la puerta de la cual nos dijo: «salir de aquí ó morir, único camino.» Atravesamos el cor-

redor, en la escalera encontramos un centinela enemigo, del batallon de Supremos Poderes, el cual en vez de detenernos puso su arma al hombro; en el patio hallamos una compañía del mismo batallon y oímos que preguntaban por el coronel Yepez; como uno de los que preguntaban se dirigió á nosotros, le contesté: «en la huerta,» y seguimos. Al salir á la plazuela vimos la tropa enemiga que custodiaba la artillería allí situada: el Emperador, amartillando su pistola, nos dijo: «adelante.» Á pocos pasos, algunos que nos parecieron oficiales, nos alcanzaron, marcándonos el alto; pero el Emperador, insistiendo, nos repitió la palabra «adelante.» Mas como en este momento algunos soldados se interpusieron á nuestro paso, nos detuvimos. Casi en el mismo instante se acercó á nosotros el coronel D. Pedro Rincon con dos ó tres personas que lo acompañaban: dicho señor, al mirarnos, dijo en alta voz: «esos señores pueden pasar, son paisanos.»—Nosotros vestiamos el uniforme militar.—Continuamos nuestra marcha bien de prisa, y al llegar al cuartel de la escolta del Emperador, S. M. me dijo: «seria conveniente que me trajesen mi caballo;» entonces me separé con el objeto de que se cumpliera su deseo, continuando entretanto el Emperador, seguido por el coronel Salm, hasta el palacio Departamental, lugar en donde me le reuní de nuevo, llevándole su caballo. El general Castillo se habia incorporado al Emperador.

En este momento llegó el coronel López montado á caballo; el Emperador le preguntó qué era lo que pasaba. «Señor, le contestó, todo está perdido; vea V. M. la tropa enemiga que viene muy cerca.» En efecto, una fuerza de infantería desembocaba en ese momento en la plaza: el Emperador creyó de pronto que dicha fuerza era la del batallón de guardia municipal, pero un oficial de nuestro ejército que se adelantó á reconocerla, regresó manifestando que era enemiga. Nos pusimos de nuevo en marcha, y al llegar á la casa del Sr. Rubio detuvo López al Emperador y le dijo: «podía V. M. entrar en esta casa ó en otra cualquiera, pues es el único medio para salvarse.» Estas fueron exactamente las palabras de López, siendo por consiguiente falso que haya ofrecido al Emperador, que ocultándose, durante la noche y sirviéndose de una persona de su confianza, lo haría salir de la poblacion. El Emperador se negó enteramente y sin vacilar á admitir la oferta de López: firme en su primitiva resolucion de dirigirse al cerro de las Campanas para reunirse á sus tropas, proseguimos nuestra marcha. López se retiró en este instante, pretextando que iba á ver la manera con que podía contener á las tropas enemigas. Así, pues, no es cierto, como dice, que acompañó al Emperador hasta llegar al Hotel del Aguila Roja. Frente al Casino encontramos al capitán Jarero, ayudante del general Castillo, y el Emperador le ordenó

avisase al general Miramon que con la fuerza que pudiera reunir, se le incorporara en el cerro de las Campanas. La circunstancia de no tener el general Castillo, caballo en que montar, hizo que el Emperador no admitiese el suyo, continuando todos á pié hasta llegar al indicado cerro. Cuando el Emperador llegó á este punto, solo habia unos 150 hombres de infantería de que disponer. Poco despues llegó al cerro el regimiento de la Emperatriz, que habia logrado salir de sus cuarteles, no obstante estar ya ocupada la poblacion. El Emperador ansiaba la llegada del general Miramon, pues con frecuencia me decia: «vea vd. si en el grupo que viene allí se distingue á Miguel: solo á él espero: no quiero serle inconsecuente.» Las esperanzas del Emperador respecto de la llegada del general, quedaron destruidas, cuando al presentarse el coronel Gonzalez á darle cuenta de la llegada de su regimiento, le manifestó que el general Miramon habia sido herido y se le operaba en aquellos momentos: esta infausta noticia causó gran sentimiento al Emperador, y separándose á un lado con los generales Castillo y Mejía, quien acababa de llegar con una pequeña escolta de caballería, les preguntó si les parecia posible romper la línea enemiga. El general Mejía tomó un antejo, y examinando escrupulosamente la situacion del enemigo, dijo al Emperador: «Señor, salir es imposible, pero si V. M. lo ordena, lo procuraremos; por

mi parte estoy dispuesto á morir.» El Emperador me tomó entonces del brazo, manifestando á los generales que era preciso tomar una pronta determinacion para evitar mayores desgracias, y me ordenó que saliera á parlamentar con el general Escobedo bajo las bases siguientes: 1.^a, que si era necesaria alguna víctima, esa fuera él: 2.^a, que los individuos de su ejército fueran tratados con todas las consideraciones que merecian por su lealtad y valor: 3.^a, que las personas de su servidumbre particular no fuesen molestadas en manera alguna. Provisto de la insignia correspondiente, me dirigí á la poblacion en busca del general Escobedo. Al llegar á la plazuela de la Cruz, vi á López en union de muchos gefes y oficiales republicanos: montaba su caballo colorado, con el mismo equipo que acostumbraba usar, y nada revelaba que se encontrase en la situacion de prisionero: al pasar cerca de él, volvió la cara para no mirarme. Me parece inútil referir mi entrevista con el Sr. Escobedo, así como el resultado de mi mision. Para concluir voy á relatar un hecho que confirma el infame proceder de López: en una visita que los coroneles D. Pedro y D. José Rincon Gallardo hicieron al Emperador en la prision de la Cruz, le refirieron los pormenores respecto á la manera con que López habia *entregado* su línea: esta conversacion la escucharon tambien el coronel Salm y D. José Blasio. Apelo, si fuere necesario, á la

conocida caballeridad de los Sres. Rincon Gallardo.»

Aquí no podemos dispensarnos de hacer una pregunta: ¿qué especie de prisionero era López cuando segun él mismo dice, unas veces, como en la Huerta, alejaba al enemigo á su arbitrio durante horas enteras, y otras, como en el momento de hablar con el Emperador, ofrecia ir á procurar detenerlo?

El gefe de division de artillería D. Félix Becerra, comandante del parque general, refiere lo siguiente: «Las muchas ocupaciones del servicio no me permitieron acostarme sino hasta las tres de la mañana del 15 de Mayo. Antes de las seis me despertó un fuerte ruido de pisadas, y vi que lo causaba una fuerza de infantería que entraba al corredor bajo del ex-convento de San Francisco, lugar en que se encontraba el parque general. Como estaba yo acostado en dicho corredor, conocí en el acto que la fuerza que entraba era el batallon enemigo de «Supremos Poderes,» á cuya cabeza, y sirviéndole de guia descubrí al coronel López, quien gritaba: «pronto, á la torre, á la torre;» operacion que ejecutó la tropa siguiendo el camino que les indicaba López. Apenas comenzaba á vestirme cuando se me acercó un oficial del referido batallon, preguntándome si era yo oficial: le contesté afirmativamente, dándole mi nombre y empleo, y me exigió entonces que le entregase mi espada y le diera mi palabra de honor

de permanecer allí como prisionero de guerra. Poco despues salió López, y advirtiendo que la fuerza de Húsares se dirigia al centro de la poblacion, estableció personalmente una línea de tiradores de infantería, interin otra tropa enemiga tomaba la retaguardia de dichos Húsares, en cuyo momento les hizo echar pié á tierra, deponer las armas y quedar prisioneros. Esto pueden atestiguarlo el capitán Paulovski y teniente Kölig, de dicha fuerza.»

Podríamos acumular á este escrito otras muchas deposiciones semejantes á las que acabamos de estampar; pero ni hacen falta para comprobar nuestro juicio, ni nos es fácil reunir las de muchos de los compañeros que, ó se encuentran prisioneros, muy distantes del lugar en que escribimos, ó están en libertad é ignoramos el punto en que se hallan.

Miguel López, no sabiendo á quién atribuir el origen de la acusacion que pesa sobre él, designa, aunque sin decir su nombre, al general D. Manuel M. de Escobar, fundándose en que por circunstancias particulares y apasionadas lo ha hecho aparecer como reo de traicion. Para desvanecer esta falsa aseveracion, tenemos mil razones innegables; pero nos conformaremos con una sola, por la que se comprenderá fácilmente que antes de que el Sr. general Escobar ú otro cualquiera de los gefes imperiales hubiera podido inventar y circular esta especie, *la traicion de López se aseguraba en el campo enemigo,*

puesto que un extraordinario salido de allí á las cinco y media de la mañana del 15 de Mayo, conducia cartas y noticias oficiales, suscritas por personas respetables del ejército y dirigidas al gobernador del Estado de Michoacan, y cuyos documentos vieron la luz pública en el Periódico Oficial de dicho Estado, «La Restauracion,» en su número 23, correspondiente al 16 de Mayo. Copiamos, reservándonos el original, la parte esencial del contenido de estos documentos, dicen así:

«*Campo frente á Querétaro, Mayo 15 de 1867. — Señor coronel D. Justo Mendoza. — Mi querido amigo: — Ahora que son las cinco y media de la mañana acaba de caer en nuestro poder el punto llamado «de la Cruz,» que es el mas fuerte de la plaza. FUE ENTREGADO POR EL GEFÉ QUE LO DEFENDIA con dos batallones que se rindieron á discrecion, artillería, parque y cuantos pertrechos de guerra en él habia. El Sr. Escobedo se ocupa de disponer lo conveniente, etc., etc., etc.» — General en gefe. — Tengo la satisfaccion de participar á vd. que ahora que son las cinco de la mañana acaban de ocupar nuestras fuerzas el punto llamado la CRUZ, el cual fue ENTREGADO POR EL GEFÉ QUE LO DEFENDIA, con dos batallones que se rindieron á discrecion. Se está recibiendo el parque y demas pertrechos de guerra que habia en dicho punto, y disponiendo lo conveniente, etc., etc., etc.»*